Impresiones sobre La Odisea de Nolan

Julio 26 2026 / Isaac Wladimir

Aún mis hormonas cerebrales se van estabilizando mientras escribo esto. Me sigue cautivando lo contradictoria que es la naturaleza humana, en cuanto somos capaces de vivir lo que pareciera un centenar de vidas y, aun así, la experiencia puede resumirse en tópicos clásicos: honor, familia, deseo, miedo, etc., etc., etc. Si extrapolo la infinitud de los componentes de la experiencia hacia la multitud de experiencias posibles y luego, con la misma gracia, delimito esa experiencia a sus límites naturales, puedo decir que la sustancia que sostiene nuestros deseos y valores es, a la vez, capaz de llevarnos a los lugares más virtuosos y a los episodios más tortuosos, pero siempre bajo este paraguas significante de ser *Homo sapiens sapiens*.

Argos, el perro de Ulises, capaz de esperar a su dueño como si conociera, desde su instinto, el estado mismo de su amo, muere una vez que este regresa y se despide. Desprendida de toda perspectiva, la naturaleza del animal revela un vínculo que conmueve y me hace recordar a Sabrina, a quien le prometí regresar. Si quiero ahondar ahí, me conmoví porque me vi reflejado dejando a la única perra —no la llamo mascota— que he tenido, en una situación en la que abandoné mi patria para aventurarme en una batalla por mi honor. Sabrina, ojalá pudiera prometerte de verdad —no como lo hacen los humanos, sino como lo hacen los dioses— que algún día volveré a la cama donde te dejé y que, llamándote “Nena”, dormiremos una vez más mientras dejas todo tu olor en mis cobijas. Te extraño.

La decapitación de Atenea y el caballo de Troya, como símbolos de la muerte de la civilización formal en manos del engaño, me resultan más que una advertencia de Nolan: son un retrato de cómo Silicon Valley —entiéndase como engranaje corporativo y gubernamental— desarrolló un sistema (ejército), lo revistió de conexión (caballo) y lo entregó como tributo del diseño (Atenea), decapitando la razón que quedaba de la ultramodernidad en pos de la ultra pro max modernidad líquida 19. ¿Qué nos queda a nosotros por delante? Desarrollar las virtudes para plantar flores al filo de los bosques, mover el engranaje para devolver, aunque sea, unas pocas piezas de razón y perseguir, con habitualidad, lo divino —aquello que nos permite sobrevivir— de la belleza.